

DESDE EL ÚLTIMO BANCO

LAS MUJERES EN LA IGLESIA

Lucetta Scaraffia

ACTUALIDAD ▲▼



Diseño: Estudio SM

Título original: *Dall'ultimo banco*
Traducción de Roberto H. Bernet

© 2016, Marsilio Editori, S.p.A., Venecia
© 2016, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.es

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

UNA UTOPIA SIN PORVENIR

El breve y denso ensayo de Lucetta Scaraffia encarna el intento de despertar un interés por Dios. Es un ensayo brillante, argumentado con habilidad y competencia, probablemente inútil. Para llegar a su objetivo, la autora hurga sin mucho miramiento en las heridas de la Iglesia católica: no en las patologías más graves, como por ejemplo la pederastia, sino en las llagas que podríamos llamar corrientes, o sea, en las insuficiencias, perezas, hipocresías, en los aspectos visibles, en el rostro verdadero de la institución Iglesia –por lo menos como se presenta a la mayoría–: en la imagen que la Iglesia proyecta en el mundo desde hace tiempo. Se habla de jerarquías a menudo y visiblemente carentes de preparación para enfrentarse a la modernidad con propuestas o, por lo menos, respuestas adecuadas y creíbles; de escándalos financieros que aparecen en las crónicas y después desaparecen; de abusos descarados de algunos de sus más encumbrados exponentes; cosas no traumáticas, no particularmente graves, pequeñas limaduras cada una de las cuales hace mella en una cuerda ya de por sí desgastada. Se habla, en suma, de la Iglesia potencial portadora de un mensaje que en su conjunto podría resultar eficaz en un «mundo enfermo» (Tony Judt) si ella misma no apareciese afectada por la carga de ciertos comportamientos que se añaden a una teología que ya el cardenal Martini consideraba de una vetustez de al menos dos siglos, incapaz, por tanto, de hablar ya a hombres

y mujeres rodeados del bienestar y de los venenos de la sociedad predominante en esta parte del mundo. Aunque católico significa universal, y aunque el mensaje de esta religión quisiera ser universal, es a nuestro mundo, el comprendido entre Europa y América, al que necesita mirar, porque aquí se ha abierto una crisis sin precedentes que puede resumirse en una fórmula brutal: la presencia de Dios se ha tornado irrelevante. Dios no está ni siquiera muerto, según la famosa constatación de Nietzsche: simplemente se ha escabullido, ha desaparecido, y pocos parecen echarlo en falta.

No se trata ya de hostilidad hacia él, ni menos aún del anticlericalismo que estaba extendido en varias clases –populares y burguesas– en la transición entre los siglos XIX y XX. Si consideramos la cosa desde el punto de vista de la autora, es peor que eso, porque el contraste y el conflicto implican un interés: del adversario de hoy puede nacer el enemigo de mañana. Aun sin recordar el ejemplo supremo de una tal inversión –Pablo de Tarso–, está demostrado que los sentimientos fogosos son susceptibles de invertirse sin dificultad en lo contrario según un conocido itinerario psicológico que puede aplicarse incluso a categorías lejanas como amor y odio en una relación de pareja. La situación no tiene precedentes, pues al contraste se ha añadido la indiferencia. En las generaciones más jóvenes no son pocos los que a la pregunta de qué representa Dios para ellos responden, sea de forma literal o metafórica: «¿Qué Dios?». La prueba estadística de esto mismo está en las peticiones de exención de las clases de Religión, cada vez más numerosas, o en los seminarios vacíos; la prueba empírica, en la constatación de lo raras que se han hecho las referencias a alguna divinidad en el imaginario juvenil: en películas, historietas, relatos y juegos, conversaciones cotidianas, pasatiempos. Hubo un tiempo, tampoco demasiado lejano, en que la evocación, el recuerdo de Dios,

si no su presencia, llenaba la vida de los individuos y de la sociedad, fuese en los comportamientos sexuales, en la celebración ritual de los momentos eje de una existencia o en las festividades. Ya no es así. ¿Bautismo? Sí, me parece que sí, o tal vez no. ¿Casarse? Por lo civil. ¿Funeral? Pues civil. ¿Morir? Cuando a mí me parezca. No es solamente un tema de sexualidad, sino que la secularización de la vida es ya un fenómeno de masas: la sacralidad ya no habita entre nosotros.

Puesto que no soy católico se podría pensar que considero con satisfacción este fenómeno. Pero no es así: me divierte leer el *Himno a Satanás*, de Carducci, pero cuando veo la estrofa «Fuera el aspersorio, cura, y también tu metro. No, cura, Satanás no retrocede», no me alegro, sino que infiero el aspecto dramático de la desaparición de Dios o del triunfo de Satanás, según la aventurada concepción del poeta.

Considero que creer en este o en aquel Dios es una de las formas posibles de la espiritualidad humana, tampoco la mejor. Una clara diferencia de punto de partida me separa de la autora de este ensayo. Aun así pienso que el desierto religioso de muchos jóvenes occidentales no es positivo si solo es llenado por las múltiples seducciones, invasivas e incontenibles, de la sociedad de consumo.

Durante mucho tiempo creímos en la utopía ilustrada de unas masas a las que el culto a la razón iba a elevar, por fin, haciéndolas idóneas para afrontar los desafíos de la vida en un mundo que, consecuentemente, se habría vuelto más justo no por generosidad, sino por cálculo: porque en un mundo más justo todos viven mejor, y basta ser conscientes de ello para que todos se convenzan. Poco ha quedado de esta magnífica utopía, nacida en la segunda mitad del siglo XVIII. Del mismo modo que poco, o tal vez nada, ha quedado de otra inmensa utopía –esta del siglo XIX– surgida del

pensamiento de Karl Marx. Traducida en la práctica, esta se transformó en una pesadilla que la historia se ha encargado de eliminar.

En este vacío estarían, pues, las posibles condiciones previas, el espacio de otra utopía vinculada a una espiritualidad renovada –incluida la Iglesia católica–. La intuición de la que parte este ensayo es justa. Remedemos –escribe Scaraffia–, tomemos medidas, renovemos; arremanguémonos, redescubramos nuestro pasado, allí encontraremos todo lo que sirve, todo lo que, por pereza o por cálculo, los católicos hemos dejado de lado, arrojado fuera, ignorado: nuestra historia, nuestro orgullo, nuestra utilidad social, comenzando por la valiosa ayuda que las mujeres podrían aportar. En ese pasado está nuestro futuro.

Mi opinión (no he de recordar que las opiniones son, por definición, opinables) es que el proceso de secularización está ya demasiado avanzado y que la Iglesia católica está demasiado enferma para beneficiarse de cualquier curación. Me corrijo: no está solamente enferma, sino que ha sido puesta fuera de juego por esta economía, por esta sociedad, por el cautivador, ilimitado y revolucionario universo de la electrónica. Tal vez un día, quién sabe. Pero, si miro el futuro próximo, francamente no veo ese regreso.

La Iglesia ha ignorado durante demasiado tiempo la historia, la ha ignorado considerándola una vergüenza o un engaño. Ha dejado de lado los acontecimientos del mundo sin darse cuenta de que de ese modo se dejaba de lado también a sí misma. Entre los muchos momentos en los que es posible captar este descarte respecto al caótico proceder de los acontecimientos escojo uno que me parece ejemplar: la ceguera de Pío IX, el papa Mastai Ferretti, consternado frente a la irrupción de la modernidad. El papa romano trata de construir un dique con dos medidas, patéticas si se las considera

hoy en día, pero, de todos modos, ya entonces contraproducentes: un documento de cerrazón total, como el *Syllabus* (1864), a saber, un extenso, puntilloso listado de los errores y de la ruina acarreados por la propagación de libertades de todo tipo, todas susceptibles de convertirse en arbitrariedad, en «licenciosidad», en subversión del orden «natural». Pío IX no puede hacer otra cosa: lamenta, señala, rechaza, condena. Es un hombre sacudido por la fuerza de los cambios ya en curso o inminentes, sabe que se aproxima el fin de su poder temporal, piensa que solo puede oponerse y emplea para hacerlo las pobres armas de su palabra. Habría podido ponerse al lado del movimiento, intentar utilizarlo, por lo menos en parte. Sabe cómo usar la política, como demostró varias veces en el curso de su largo pontificado, pero en esos momentos prevalece el hombre de fe tentado por la apuesta total: sed sí sí, no no. Elige el no rotundo. Y pierde.

Seis años más tarde (1870) proclama un dogma tan controvertido que, ya en el momento de su formulación, impulsa a muchos obispos a abandonar el concilio (Vaticano I) donde iba a ser promulgado. Se trataba nada menos que de la infalibilidad papal, que tiene lugar cuando el sumo pontífice se expresa *ex cathedra*. Una vez más, Mastai Ferretti opone al avance de la modernidad un rechazo total. Los *bersaglieri* preparan ya su entrada en la ciudad de Roma, el conde de Cavour se afana por demostrar qué ventajas espirituales recibiría el Sumo Pontífice por abandonar un anacrónico poder temporal; las certezas se tambalean por todas partes, se están abriendo puertas que introducirán poco después el triunfo del relativismo: pero el papa no sabe o quiere ignorar estas cosas; sea como fuere, expresa su rechazo, dice que no.

Ya Michel de Montaigne había escrito en la segunda mitad del siglo XVI que «las leyes de la conciencia, que, según

decimos, nacen de la naturaleza, nacen [en realidad] de la costumbre», por lo cual «las imaginaciones comunes que vemos gozar de crédito a nuestro alrededor [...] nos parecen ser las generales y naturales». Son anticipaciones proféticas de conceptos largamente elaborados que harán explosión justamente en los años de la transición entre los siglos XIX y XX, cosas de las que, entre otras, se vuelve a hablar continuamente, como ha sucedido también recientemente, dado que la historia no enseña nunca nada a nadie. Era un clima que ya entonces podía advertirse claramente. Con una decisión catastrófica, Pío IX se atrinchera detrás del frágil escudo de la infalibilidad.

Omito recordar aquí las circunstancias históricas y económicas que en Italia y en el mundo acompañaron a esos documentos. Eran años en los que se iba afirmando aquel capitalismo de masas que cambiaría para siempre la vida –y la espiritualidad– de millones de seres humanos. Buscar detener todo esto con la firma de algunos documentos es un gesto tan inadecuado que resulta conmovedor, o irritante. Hubiese correspondido que un responsable político, más que espiritual, hubiese poseído una mejor percepción de lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Veo en esos años y en esos actos uno de los momentos en los que el camino de la Iglesia católica se separó claramente de la historia. Me doy cuenta de que puede parecer –y tal vez es– una simplificación. En lugar de un apartamiento traumático se podría recordar la lenta y progresiva divergencia que comienza con las luchas entre papado e Imperio, victorias y derrotas de ambas partes, y mucha sangre. Los solos ejemplos llevan en sí algo de arbitrariedad, pero sirven para fijar un punto. También es opinable situar el comienzo de la era moderna en 1492 o fijar la caída del Imperio romano de Occidente en el 476: son siempre convenciones útiles.

Lucetta Scaraffia argumenta con vigor y lucidez en el intento de mover a la Iglesia de su pereza, del rechazo de la historia, del círculo vicioso de intervenciones que se envuelven en sí mismas en sucesivas vueltas sin apertura ni salida. La autora no duda en acusar a las jerarquías de organizar congresos, también de alto nivel, caracterizados por un «vacío de discusión» y una «ausencia de profundizaciones». No vacila en reiterar varias veces qué beneficiosa podría resultar una apertura de la institución eclesiástica a las mujeres, incluso sin poner en discusión el sacerdocio. Y añade, sin esconder su decepción, que durante el Sínodo sobre la familia se esperó en vano que «saliese de la asamblea alguna propuesta, alguna idea contra la disgregación social que resulta de la crisis del tejido familiar», pero «los Padres hablaban de una familia abstracta, de problemas teológicos que interesaban verdaderamente a pocos».

Esta frase, aparte del espíritu general que impregna el escrito, me ha traído nuevamente a la mente un lejano episodio que, tal vez, pueda servir de confrontación paradójica. Hace muchos años, al comienzo del fenómeno migratorio de Albania (lejana premisa del actual éxodo de masas), me referí en un ámbito político a aquellos primeros episodios esporádicos de los que había podido darme cuenta personalmente durante un viaje a Apulia. Añadí que unos amigos del lugar me habían referido con preocupación las relaciones cada vez más estrechas que se estaban tejiendo entre el submundo albanés y el local. Estaba participando en la reunión directiva de un partido. Un alto dirigente me interrumpió con aire de autoridad, exclamando: «¡Estamos aquí para hablar de política!». Enmudecí, tanto por la escasa familiaridad con ese tipo de reuniones como porque esa observación me había puesto frente a un enigma.

Cuando escucho a ciertos cardenales hablar de sexualidad, de familia, de homosexualidad, de eutanasia, de aborto en los

términos que todos conocemos y que la misma Scaraffia denuncia, me vuelve a la mente aquel alto dirigente y su extraña idea de lo que era o no era la política. Después, ese partido tuvo el final que tuvo. Descuidar la historia no ha sido nunca beneficioso para nadie.

CORRADO AUGIAS

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

ALGUIEN QUE SE ATREVA

¿Dónde había estado Lucetta Scaraffia hasta ahora?, me he preguntado tras la lectura de este pequeño pero imprescindible ensayo de sociología eclesial. Y todavía más: ¿dónde están las Lucetta Scaraffia de la Iglesia? ¿Existen realmente? ¿Existen pero callan?

Debo confesar que pocas veces he leído unas páginas que reflejen de modo tan elocuente –palpitante, diría– un amor tan doloroso por la Iglesia. Dolor porque su autora se lamenta, con notable lucidez, de una estupidez mantenida con alucinante impunidad por la jerarquía eclesiástica: la de una demencial e incomprensible ignorancia de la historia, de cuyas lecciones se ha prescindido olímpicamente. Ante el dogmatismo y la cerrazón de la institución eclesial, cualquiera que no tuviera fe en el Espíritu habría claudicado y tirado la toalla. Lucetta Scaraffia no. Por eso, precisamente, hablo del amor que este texto transparenta. Porque el hilo rojo que guía cada uno de sus capítulos es el deseo de que la Iglesia se haga cargo, de una vez por todas, de una grave situación. Scaraffia hace ver desde la historia –con sencillez y, al tiempo, rotundidad– que los cristianos tenemos un patrimonio espiritual tan decente (más que eso, tan hermoso, tan digno, tan necesario...) que cabe, bajo ciertas condiciones, proponerlo nuevamente para nuestra generación.

El texto comienza con una imagen muy bella y que da título a la obra: la del último banco que la autora ocupó en la

asamblea ordinaria del Sínodo de obispos que tuvo lugar en el Vaticano en octubre de 2015 y a la que ella fue invitada en calidad de oyente. Sus reflexiones, llenas para mí no solo de credibilidad, sino de una viveza que no es habitual en los discursos que abordan la teología o la religión, nacen de ese emblemático lugar. Pues bien, desde ese último banco, símbolo del puesto que la mujer ocupa en la Iglesia, la autora critica con perspicacia a los defensores de los valores –mucho más responsables de la pérdida de Dios en el mundo contemporáneo de lo que ellos imaginan–; desde allí se lamenta del patético vínculo entre teología y poder, que imposibilita el verdadero pensamiento; desde ahí, en fin, postula hasta qué punto el ateísmo moderno no es tanto la negación de Dios cuanto la indiferencia absoluta frente al mismo. Por cerrazón autorreferencial, advierte Scaraffia, los católicos no se han hecho cargo ni de quién es Lévi-Strauss (uno de los tres o cuatro nombres más capitales del pasado siglo) ni de quién es su opuesto, René Girard. Esta ignorancia ha sido fatal: clausurados en el mundo filosófico-teológico propio del Medioevo, la Iglesia católica no se ha dado cuenta –y esta es la principal acusación– de que la vida estaba y está en otra parte.

El tono profético a la vez que sensato, irrefutable en la mayoría de las ocasiones, llega a su máximo esplendor cuando la autora aborda el concepto de familia, principal tema de debate del sínodo. ¿Hasta qué punto no es un producto histórico?, se pregunta, y, sobre todo, ¿por qué cree la Iglesia que, de aceptar algo así, la institución familiar perdería toda su fuerza normativa? La sexualidad, otro ejemplo, quizá el más patente... ¿Hasta cuándo va a continuar la Iglesia haciendo oídos sordos a la revolución sexual y al movimiento feminista?

Debo advertir que tuve el privilegio de conocer personalmente a la autora en la asamblea plenaria del Consejo Ponti-

ficio de Cultura, al que tengo el honor de pertenecer, y al que ella había sido invitada, esta vez como ponente, en febrero de 2015. Ya entonces declaró, y en este libro ahonda en este asunto, que la cuestión femenina no ha sido abordada verdaderamente por la Iglesia nunca, que la Iglesia sigue siendo en Occidente la única institución que tiene a las mujeres relegadas a papeles marginales o subordinados. Y que esta exclusión, y esto es lo más curioso de todo, se mantiene a la par que se exalta el genio femenino, que se invoca como antídoto frente a una verdadera transformación.

«La emancipación de las mujeres en la Iglesia –escribe Scaraffia para sorpresa de sus lectores– puede –más aún, debe– realizarse sin pasar por el sacerdocio». Y poco después: «En el mundo feminista católico ha prevalecido una acrítica imitación de la ideología feminista dominante». Y todavía: «La historiografía feminista ha puesto de relieve [en el cristianismo] un protagonismo femenino que no conoce parangón en otras religiones». Bastan estas tres afirmaciones como botón de muestra del talante de la autora, que no es evidentemente una mujer conservadora, pero tampoco una progresista al uso, sino que escapa de estas categorías y, sencillamente, saca conclusiones de la historia y propone fidelidad a la tradición. Como pensadora, es decir, alguien sin disciplina de partido, y como historiadora, esto es, fiel a los hechos recogidos en documentos, Scaraffia se pregunta y nos pregunta cómo es que nadie saca conclusiones de las evidencias. Debo decir que este talante inclasificable, fuera de todo marco convencional y signo inequívoco de la autenticidad, cuenta con mi simpatía.

Ninguna de las cuestiones teológicas que se plantean en este ensayo está cerrada; antes bien: todas piden ser releídas para que la fe sea auténticamente encarnada. Pero, para que esto sea posible y para que los viejos conceptos y modelos no

generen inmovilismo y hasta opresión, hay que mirar al pasado sin prejuicios ni afán de justificación, con honestidad intelectual y –si es posible aún– con pureza de corazón. Pese al dramático balance que resulta de un análisis de nuestra jerarquía eclesiástica (una Iglesia sin historia, sin mujeres, sin sexo, sin futuro...), para Scaraffia –y yo comulgo con su visión– aún es posible la construcción de la comunidad de los seguidores de Jesús. Pero –y es preciso que termine este prólogo con esta pregunta–, ¿habrá alguien en la Iglesia que se atreva a recoger este incómodo testigo?

PABLO D'ORS

ÍNDICE

UNA UTOPIA SIN PORVENIR, de Corrado Augias	5
PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA.	
ALGUIEN QUE SE ATREVA, de Pablo d'Ors	13
1. SIN HISTORIA	17
2. SIN MUJERES	29
Las teólogas y el sacerdocio	33
Mujeres en la historia	39
Biografías proféticas	53
El Espíritu para vencer el mal	58
3. SIN SEXO	62
El nudo de la <i>Humanae vitae</i>	64
¿Qué identidad?	78
4. SIN FUTURO	97
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	117

ACTUALIDAD

- Historias y recetas de mi Taberna*, LUIS DE LEZAMA
Testamento, ABBÉ PIERRE
Mi decálogo para el tercer milenio, JUAN PABLO II
Cien recetas, de FRAY JUAN DE GUADALUPE
Santiago Gapp. Pasión por la verdad frente al nazismo, JOSÉ MARÍA SALAVERRI
Confesiones, CARDENAL TARANCÓN
Vivir con sabiduría, THOMAS MERTON
El buen corazón, S. S. EL DALAI LAMA
Mis razones para vivir, ABBÉ PIERRE
Moral para Marta, QUINTÍN CALVO CUBILLO
Guillermo José Chaminade. Odres nuevos para un vino nuevo,
VINCENT GIZARD
Sida y tercer mundo, JAVIER GAFO
Invitación a la sospecha, NORBERTO ALCOVER
La revolución oculta, ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS
La Sábana Santa, MARIA GRAZIA SILIATO
Las tentaciones de Job, ANTONIO BENTUÉ
Teología en vaqueros, MANUEL DE UNCITI
Juan de Mata al vivo. Un no violento de hace ocho siglos, MANUEL
DE UNCITI
El don de la amistad. Adela de Batz de Trenquelléon, EDUARDO
BENLLOCH
El oficio de vivir. Las siete vidas del gato, NANDO
La palabra y la paz. 1975-2000, OLEGARIO GONZÁLEZ DE CAR-
DEDAL
Los panes y los peces de Faustino, JOSÉ MARÍA SALAVERRI
Migajas cristianas, JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ FAUS

Juan XXIII, el papa del Concilio, PETER HEBBLETHWAITE
Utopía y realidad. Hombres Nuevos, NICOLÁS CASTELLANOS (2ª ed.)
Juan XXIII. Anécdotas de una vida, JOSÉ LUIS GONZÁLEZ-BALADO
Timor. La búsqueda de la paz, ARNOLD S. KOHEN
Autoestima y vida, FRANCO VOLI
Juan Pablo II, el papa peregrino, ACHILLE SILVESTRINI (ED.)
Tiempo de diálogo, VARIOS AUTORES
Carrasco i Formiguera. Un cristiano nacionalista (1890-1938),
 HILARI RAGUER
Recuerdos de la transición, ALBERTO INIESTA
¿Victoria de los vencidos? Latinoamérica en el siglo XXI, TEÓFILO
 CABESTRERO
Hablemos de Dios, LUIS DE LEZAMA (3ª ed.)
Domingo Lázaro (1877-1935). Un educador entre dos grandes crisis de España, JOSÉ MARÍA SALAVERRI
La utopía malherida. Cuestiones éticas en nuestra cultura y sociedad, NORBERTO ALCOVER
El dinamismo de la resistencia, SANTIAGO SÁNCHEZ TORRADO
Místicos y profetas, JOSÉ MARÍA ARNAIZ (2ª ed.)
En el corazón del mito. La dimensión espiritual de «El Señor de los anillos», ISABEL ROMERO TABARES
El oficio de morir. Las siete notas del Réquiem, NANDO
Volver a Nazaret guiados por Carlos de Foucauld y Luis Massignon, JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU
Sabores y saberes de la vida. Escritos escogidos de FREY BETTO
¿Una economía alternativa? Iglesia y neoliberalismo, PIERRE
 DEUSY
Cuando los días dan que pensar, PEDRO CASALDÁLIGA (2ª ed.)
La voz de Monseñor Romero. Textos y homilías, ÓSCAR A. ROMERO
50 cartas a Dios, VARIOS AUTORES (5ª ed.)
Los sabios y sus historias, ELIE WIESEL

El mito de la seguridad, JOAQUÍN GARCÍA ROCA
La ciudad y el hombre ayer y hoy, JOSÉ RAMOS DOMINGO
Los jóvenes y la felicidad, JAVIER ELZO
Con la libertad del Evangelio. Temas de nuestro tiempo, BENJAMÍN FORCANO
Matar a nuestros dioses. Un Dios para un creyente adulto, JOSÉ MARÍA MARDONES (10ª ed.)
El factor católico en la política española. Del nacionalcatolicismo al laicismo, RAFAEL DÍAZ-SALAZAR (2ª ed.)
La última semana de Jesús, MARCUS J. BORG y JOHN DOMINIC CROSSAN (2ª ed.)
Elige amar. Hermano Roger de Taizé (1915-2005), COMUNIDAD DE TAIZÉ
Laicidad del Estado e Iglesia, JOSÉ MARÍA SETIÉN
Al ritmo del diario vivir. Cultura, política y ciudadanía, OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL
Jesús. Aproximación histórica, JOSÉ ANTONIO PAGOLA (8ª ed.)
El Dharma y el Espíritu. Conversaciones entre un cristiano y un budista, JUAN MASIÁ y KOTARÓ SUZUKI
Los cristianos en un Estado laico, LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA
Así escribía... JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO
Conversaciones sobre Xavier Zubiri, JORDI COROMINAS y JOAN ALBERT VICENS
La voz de los adolescentes, JAVIER ELZO
¿Es tiempo de cristianismo?, JEAN-MARIE PLOUX
Invitación a pensar. Reflexiones cristianas para cada día, JOAN BESTARD COMAS (2ª ed.)
Cómo he vuelto a ser cristiano, JEAN-CLAUDE GUILLEBAUD
Cine con historia, JOSÉ LUIS CELADA
La derrota de Dios, HELENO SAÑA
El declive de la ciudadanía, VICTORIA CAMPS
En memoria mía, JUAN RUBIO FERNÁNDEZ (2ª ed.)

- Asuntos religiosos. Una propuesta de política pública*, JORDI LÓPEZ CAMPS
- Nube de testigos*, ÁNGEL SANZ
- Teología para Mario*, ANTONINO RODRÍGUEZ FÍNEZ
- Educación de la conciencia*, QUINTÍN CALVO CUBILLO
- Ser cristiano en el Norte con el Sur al fondo*, NICOLÁS CASTELLANOS
- Recuerdos y memorias*, JOSÉ MARÍA CIRARDA (2ª ed.)
- Aprender humanidad. Reflexiones cristianas para cada día*, JOAN BESTARD COMAS (2ª ed.)
- Historia y evolución de los movimientos católicos*, MASSIMO FAGGIOLI
- Diversidad religiosa*, JORDI LÓPEZ CAMPS
- Estepa, el cardenal de la catequesis*, JUAN RUBIO FERNÁNDEZ
- Lucha santa*, MANUEL FLORES SÁNCHEZ
- El oficio de creer. Los siete días de la creación*, NANDO
- Después de creer. La formación del carácter cristiano*, N. T. WRIGHT
- Jesucristo 2.0*, FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ
- Donde los cristianos mueren*, FRANCESCA PACI
- Una mirada católica*, FÉLIX GARCÍA MORIYÓN
- Alternativas de humanización*, JOSÉ MARÍA ARNAIZ
- Hablando en cristiano*, MARCUS J. BORG
- Una teología para la vida*, BRUNO FORTE. Entrevista de MARCO RONCALLI
- Elogio de lo ético. Reflexiones cristianas para cada día*, JOAN BESTARD COMAS
- Los cristianos, ¿en la sacristía o tras la pancarta?*, JAVIER ELZO
- Sócrates, Jesús, Buda. Tres maestros de vida*, FRÉDÉRIC LENOIR
- Creyentes y no creyentes en tierra de nadie*, FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ
- Jesuitas en la frontera. Crónicas personales desde Bolivia (1950-2000)*, CARMEN SALCEDO

Sencillamente Jesús. Una nueva visión de quién era, qué hizo y por qué es importante, NICHOLAS THOMAS WRIGHT
Tras la losa de ETA, JAVIER ELZO
¡No pierdas la esperanza!, JOAN BESTARD COMAS
Francisco, la primavera del Evangelio, FRÉDÉRIC LENOIR
Cristianos más allá de la religión, ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO
(2ª ed.)
Generación selfie, JUAN MARÍA GONZÁLEZ-ANLEO SÁNCHEZ
(2ª ed.)
El camino hacia una vida lograda, LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA
En presencia de Dios. Cien cartas sobre la oración, HENRI CAFFAREL (2ª ed.)
Una economía que mata, ENRIQUE LLUCH FRECHINA (2ª ed.)
Dios en mi vida, JOSÉ LUIS CARAVIAS AGUILAR
¿Quién manda en la Iglesia?, JAVIER ELZO
La ideología del éxito, HELENO SAÑA
La revolución ética, FRANCESC TORRALBA
Comunicaciones ininterrumpidas, VÍCTOR MANUEL MARÍ SÁEZ
Valores que humanizan, JOAN BERTARD COMAS
Cómo leer la Biblia y seguir siendo cristiano, JOHN DOMINIC CROSSAN